

La calle para el jueves 8 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Autobiografía precoz
por miguel ángel granados chapa

La calle

Autobiografía precoz

Y a todo esto, ¿qué ha dicho Carlos Monsiváis de sí mismo?. El texto más amplio con ese tema tiene ya 42 años de edad, o sea que el autor que ha cumplido rumbosamente setenta, tenía 28 cuando lo escribió. Se trata de su Autobiografía precoz, título uniforme dado por Empresas editoriales a textos que escribieron, entre otros, Salvador Elizondo, Vicente Leñero, Raúl Navarrete (que también prematuramente murió antes de dar el fruto que su talento auguraba), y Monsiváis. Las publicó Emmanuel Carballo, del que debemos hablar otro día: si bien se ha reconocido su papel como gran crítico e historiador de la literatura mexicana, no ha sido valorado como editor que descubre valores o hace que los ya reconocidos se consagren.

Monsiváis dividió su autobiografía (que termina con la confesión que adquirió celebridad, como si ese no fuera el caso de millones de jóvenes mexicanos: “tengo 28 años y no conozco Europa”) en capítulos breves, con títulos descriptivos y acápites donde se resume su contenido. A pesar de la parquedad de su escritura, Monsiváis no se limitó a narrar sus días, sino que apenas en el segundo capítulo, para evitar la monotonía, empleó el recurso de simular entrevista.

Pero comencemos por el principio. Capítulo I. Firmes y adelante, huestes de la fe. En donde el autor confiesa haber nacido en La merced el 4 de mayo de 1938, acepta sin rubor su condición de héroe de esta historia, proclama su intolerable afición al DF, y se presenta sin más trámite como precoz, protestante y presuntuoso:

“Nací, of all places, en el Distrito Federal, y muy niño fui llevado en una migración terrible, de la Merced a la colonia Portales, ‘por la calzada de Tlalpan’. Imagino esa diáspora a la luz de John Steibeck, John Ford y las viñas de la ira. Un carromato polvoso, una familia apiñada que entretiene la odisea cantando himnos, pruebas del cielo bajo la forma de agentes de tránsito y, al final, Canán-Portales, la tierra prometida donde los niños crecerán en paz, sin el espectro del hambre y la intolerancia... Mi única actividad preuruchurtiana ha sido la niñez. Mi infancia transcurrió en la dorada época de los pioneros, en los albores de la Conquista del Viaducto.

“Las razones migratorias de mi familia, en ese éxodo atroz de los cuarenta, fueron religiosas. Pertenezco a una familia esencial, total, férvidamente protestante, y el templo al que aún ahora y con jamás menguada devoción sigue asistiendo, se localiza en la colonia Portales. Familia fundamentalista, que abomina del licor y el tabaco, la mía decidió otorgarme una educación singular. En el principio era el Verbo, y a continuación Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera tradujeron la Biblia y acto seguido aprendí a leer. El mucho estudio aflicción es de la carne y, sin embargo, la única característica de mi infancia fue la literatura, himnos conmovedores, cultura puritana y libros ejemplares. Mi verdadero lugar de formación fue la escuela dominical. Allí en el contacto semanal con quienes aceptaban y compartían mis creencias, me dispuse a resistir el escarnio de una primaria oficial donde los niños católicos denostaban a la evidente minoría protestante, siempre representada por mí.

“A la Escuela dominical debo asimismo una estructura moral que, con sorprendente malevolencia, vuelve a mí en los momentos menos oportunos. El pecado fue el tema central de mi niñez, y la idea que de algún modo, no se cual, ha seguido rigiéndome hasta ahora... Para conocer a los demás, siempre he recurrido al recelo. En última instancia, podría definir mi formación moral como la vieja necesidad de poner en tela de juicio ‘incluso el menor movimiento del dedo meñique’”.

Si no le parece mal, mañana concluiremos la reproducción de estas notas sobre la niñez del hoy septuagenario.